



ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS
MARAVILLAS



QUITO-ECUADOR

Alicia en el País de las Maravillas
Lewis Carroll ©

Primera Edición-CCE-2022
ISBN: 978-9942-340856



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

LEWIS CARROLL

EDICIÓN ILUSTRADA



ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS
MARAVILLAS



PUMAMAKI
CLÁSICOS
INFANTILES

— 2022 —

PRÓLOGO

La Colección Clásicos Infantiles está pensada para las nuevas personas lectoras, quienes podrán recorrer las obras más importantes de la literatura universal, en ediciones íntegras e ilustradas, a precios asequibles. El amor por la lectura arranca en compañía de personajes memorables, que se han transformado en referentes de la cultura popular, mezclándose en el imaginario de las lectoras y lectores principiantes.

Ofrecemos a nuestras niñas, niños y jóvenes una selección minuciosa de libros, en esta ocasión *Alicia en el País de las Maravillas* (1865), del matemático, fotógrafo, lógico y diácono anglicano Lewis Carroll (1832-1898). En la colección desfilarán autores de todas las épocas, sin que importe su nacionalidad y sin que sea un limitante el género literario. Así transitaremos por los caminos de Liliput — transformados en gigantes— junto al capitán Gulliver. Nos perderemos en el País de las Maravillas buscando el agujero del conejo, al lado de Alicia. Indagaremos las transformaciones morales de Pinocho, a través de su proceso de crecimiento... También nos internaremos en las profundidades de la selva, la montaña, el mar, acompañados de animales que hablan, dioses, duendes y demonios, para confrontar las propias leyendas, es decir: nuestro origen.

Alicia en el País de las Maravillas procede de las narraciones inventadas por Lewis Carroll para deleitar a las tres hermanas Liddell, hijas pequeñas de un amigo suyo, durante un paseo campestre por el río Támesis, el 4 de julio de



1862. Luego, junto a las ilustraciones hechas por el autor, el divertimento se transformó en un bellissimo cuaderno manuscrito. La ansiedad del Conejo Blanco, la cólera de la Reina de Corazones y todos sus personajes adicionales representaban una crítica al pensamiento y costumbres de la sociedad victoriana.

El relato tomó la forma de novela corta —con ilustraciones de Sir John Tenniel— en la editorial de los hermanos Macmillan, en Londres. Si bien *Alicia en el País de las Maravillas* es considerado un libro infantil, gente de cualquier edad puede disfrutar de sus acertijos lúdicos. A través de los años se ha discutido si su género es la literatura del absurdo, un cuento de hadas más o si ha sido precursor del surrealismo. Por ello, sus personajes antropomórficos han inspirado innumerables adaptaciones cinematográficas, literarias o pictóricas.

La inmersión en el reino de la fantasía se despliega con ritmo propio, genera personajes arquetípicos y contempla las extrañezas de la física y las matemáticas. El periplo de Alicia, las pócimas para crecer o decrecer, el vínculo con aquellos animales de levita y las monarquías de la fantasía nos enseñan los parámetros ocultos de la realidad. El tiempo es cuántico bajo la tutela del gato de Schrödinger. Todas las personas son bienvenidas al reino sin moraleja del País de las Maravillas.



*A través de la tarde color de oro,
el agua nos lleva sin esfuerzo por nuestra parte,
pues los que empujan los remos
son unos brazos infantiles
que intentan, con sus manitas,
guiar el curso de nuestra barca.*

*Pero, ¡las tres son muy crueles!
ya que sin fijarse en el apacible tiempo
ni en el ensueño de la hora presente,
¡exigen una historia de una voz
que apenas tiene aliento,
tanto que ni a una pluma podría soplar!
Mas, ¿qué podría una voz tan débil
contra la voluntad de las tres?*

*La primera, imperiosamente, dicta su decreto:
«¡Comience el cuento!»
La segunda, un poco más amable,
pide que el cuento no sea tonto,
mientras que la tercera interrumpe la historia
nada más que una vez por minuto.*

*Conseguido al fin el silencio,
con la imaginación, las lleva,
siguiendo a esa niña soñada,
por un mundo nuevo, de hermosas maravillas
en el que hasta los pájaros y las bestias hablan
con voz humana, y ellas casi se creen estar allí.*



*Y cada vez que el narrador intentaba,
seca ya la fuente de su inspiración,
dejar la narración para el día siguiente,
y decía: «El resto para la próxima vez»,
las tres, al tiempo, decían: «¡Ya es la próxima vez!»*

*Y así fue surgiendo el «País de las Maravillas»,
poquito a poco, y una a una,
el mosaico de sus extrañas aventuras.
Y ahora, que el relato toca a su fin,
también el timón de la barca nos vuelve al hogar,
¡una alegre tripulación, bajo el sol que ya se oculta!*

*Alicia, para ti este cuento infantil.
Ponlo con tu mano pequeña y amable
donde descansan los cuentos infantiles,
entrelazados, como las flores ya marchitas
en la guirnalda de la Memoria.
Es la ofrenda de un peregrino
que las recogió en países lejanos.*

CAPÍTULO 1

En la Madriguera del Conejo





Alicia empezaba ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: había echado un par de ojeadas al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

Así pues, estaba pensando (y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor del día la había dejado soñolienta y atontada) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas la compensaría del trabajo de levantarse y coger las margaritas, cuando de pronto saltó cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

No había nada muy extraordinario en esto, ni tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el Conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!» (cuando pensó en ello después, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo); sin embargo, cuando el Conejo se sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nunca había visto un conejo con chaleco, ni con reloj que sacarse de él, y, ardiendo de curiosidad, se puso a correr tras el Conejo por la pradera, y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría al pie del seto.

Un momento más tarde, Alicia se metía también en la madriguera, sin pararse a considerar cómo se las arreglaría después para salir.



Al principio, la madriguera del Conejo se extendía en línea recta como un túnel, y después torció bruscamente hacia abajo, tan bruscamente que Alicia no tuvo siquiera tiempo de pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era en verdad profundo o ella caía muy despacio, porque Alicia, mientras descendía, tuvo tiempo sobrado para mirar a su alrededor y para preguntarse qué iba a suceder después. Primero, intentó mirar hacia abajo y ver a dónde iría a parar, pero estaba todo demasiado oscuro para distinguir nada. Después miró hacia las paredes del pozo y observó que estaban cubiertas de armarios y estantes para libros: aquí y allá vio mapas y cuadros, colgados de clavos. Cogió, a su paso, un jarro de los estantes. Llevaba una etiqueta que decía: «MERMELADA DE NARANJA», pero vio, con desencanto, que estaba vacío. No le pareció bien tirarlo al fondo, por miedo a matar a alguien que anduviera por abajo, y se las arregló para dejarlo en otro de los estantes mientras seguía descendiendo.

«¡Vaya! —pensó Alicia—. ¡Después de una caída como esta, rodar por las escaleras me parecerá algo sin importancia! ¡Qué valiente me encontrarán todos! ¡Ni siquiera lloraría, aunque me cayera del tejado!» (Y era verdad.) Abajo, abajo, abajo. ¿No acabaría nunca de caer?

—Me gustaría saber cuántas millas he descendido ya —dijo en voz alta—. Tengo que estar bastante cerca del centro de la tierra. Veamos: creo que está a cuatro mil millas de profundidad...

Como veis, Alicia había aprendido algunas cosas de estas en las clases de la escuela, y aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos, ya que no había nadie allí que pudiera escucharla, le pareció que repetirle le servía de repaso.



—Sí, esta debe de ser la distancia... pero me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado.

Alicia no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le pareció bien decir unas palabras tan bonitas e impresionantes. Enseguida volvió a empezar.

—¡A lo mejor caigo a través de toda la Tierra! ¡Qué divertido sería salir donde vive esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... (Ahora Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque esta palabra no le sonaba del todo bien.) Pero entonces tendré que preguntarles el nombre del país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras decía estas palabras, ensayó una reverencia. ¡Reverencias mientras caía por el aire! ¿Creen que esto es posible?

—¡Y qué criatura tan ignorante voy a parecerle! No, mejor será no preguntar nada. Ya lo veré escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó enseguida a hablar otra vez.

—¡Temo que Dina me echará mucho de menos esta noche! —Dina era la gata—. Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina, guapa, me gustaría tenerte conmigo aquí abajo! En el aire no hay ratones, claro, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones, sabes. Pero me pregunto: ¿comerán murciélagos los gatos?

Al llegar a este punto, Alicia empezó a sentirse medio dormida y siguió diciéndose como en sueños: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?» Y a veces: «¿Comen gatos los murciélagos?» Porque, como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cuál de las dos se formulara. Se estaba durmien-



do de veras y empezaba a soñar que paseaba con Dina de la mano y que le preguntaba con mucha ansiedad: «Ahora Dina, dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡cataplum!, fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas. La caída había terminado.

Alicia no sufrió el menor daño y se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Ante ella se abría otro largo pasadizo, y alcanzó a ver en él al Conejo Blanco, que se alejaba a toda prisa. No había momento que perder, y Alicia, sin vacilar, echó a correr como el viento y llegó justo a tiempo para oírle decir, mientras doblaba un recodo:

—¡Válgame mis orejas y bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Iba casi pisándole los talones, pero, cuando dobló a su vez el recodo, no vio al Conejo por ninguna parte. Se encontró en un vestíbulo amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor de todo el vestíbulo, pero todas estaban cerradas con llave, y cuando Alicia hubo dado la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando puerta a puerta, se dirigió tristemente al centro de la habitación, y se preguntó cómo se las arreglaría para salir de allí.

De repente se encontró ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo. No había nada sobre ella, salvo una diminuta llave de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que debía corresponder a una de las puertas del vestíbulo. Pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes o la llave era demasiado pequeña, lo cierto es que no pudo abrir ninguna puerta. Sin embargo, al dar la vuelta por segunda vez, descubrió una cortinilla que no había visto antes, y detrás había una puertecita de unos dos palmos de altura. Probó la llave de oro en la cerradura, ¡y vio con alegría que ajustaba bien!



Alicia abrió la puerta y se encontró con que daba a un estrecho pasadizo, no más ancho que una ratonera. Se arrojó y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que podáis imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y de pasear entre aquellos macizos de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura. «Y aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco iba a servirme sin los hombros. ¡Cómo me gustaría poderme encoger como un telescopio! Creo que podría hacerlo, solo con saber por dónde empezar». Y es que, como pueden ver, a Alicia le habían pasado tantas cosas extraordinarias aquel día, que había empezado a pensar que casi nada era imposible en realidad.

